

ras, y al fin de ellas otras montañas, y otras llanuras después, y adelante, adelante, al través de montes, de valles, de llanuras desconocidas, fantaseando, fantaseando siempre, andan, y andan, y andan hasta tanto que de pronto descubren las conocidas y amadas colinas que circundan el pueblo que les vió nacer, y con sentimiento, en el cual se confunden el goce y la ternura, contemplan aquella puesta de sol que no han visto tanto tiempo hace? Después, de pronto, giran los ojos en derredor, y cual si se apercibieran en aquel preciso instante del sitio en que se hallan, y de las gentes entre las cuales se encuentran, lanzan un profundo suspiro, sacuden decididamente la cabeza, cual si quisieran desechar la melancolía que pretende apoderarse de su corazón, se incorporan, y echando á andar, reúnen con los amigos, y ríen y bromean, puesto que no trae cuenta entristecerse por cosas que no tienen remedio.

Mas no todos proceden de la propia suerte. Muchos de los soldados más jóvenes, y aun algunos de los viejos, permanecen allí durante toda la tarde, pensando, pensando, y arrancando una á una las briznas de hierba que se hallan al alcance de su mano. Algunos sentados con las piernas cruzadas, modo turquesco, ocúpense en bruñir con un trapo la bayoneta, ó en remendar el uniforme, ó en otro cualquiera quehacer insignificante, acompañando la labor con un canturreo lento, monótono y lamentoso, eco fiel y espontáneo de su sentir y de su pensar. Otros cogen la mochila, y convirtiéndola en pupitre, extienden encima un pliego de papel, que tiene pintado en su parte superior un soldadillo que marcha á la guerra, ó un corazón tamaño, de parte á parte, trasgado por una aguda flecha, con todas las trazas de penetrante arpón, y echándose boca abajo, sacan un pedazo de pluma apolillada, oprimen y estrujan las filamentosas vedijas de un tintero reseco, y después de haber mirado más de una vez los gavilanes al trasluz, y haberlos ablandado apre-

tándolos por uno y otro lado contra la uña del pulgar izquierdo, y pasado y repasado la palma de la mano sobre el papel, y soplado hacia arriba, alargando y encogiéndolo el gaznate repetidas veces, garabatean palabras ininteligibles, formando líneas desiguales, torcidas y garabatosas, levantando en ocasiones la vista, cual si quisieran solicitar del cielo la inspiración de aquella palabra, de aquella frase que no recuerdan en aquel momento, que por más que hacen no se les viene á las mientes, y que, sin embargo, tienen leída, ¡vaya si la tienen! en un libro, en un libro que no recuerdan cuál puede ser.

Y como soldados, hay también oficiales de humor melancólico, que ó bien permanecen sentados junto á la abertura de su tienda, matando el tiempo con la lectura de un libro, ó discurren como aquéllos por los sitios apartados del campamento. — ¿Á quién escribes? — pregunta un oficial deteniéndose junto á un soldado que está escribiendo. — ¿Escribes á tu casa? — Sí, mi teniente, — responde éste, apoyando en el suelo una rodilla, para incorporarse. — No, no, puedes seguir: no te muevas. ¿Hace mucho tiempo que aprendes? — Cuatro meses, mi teniente. — Á ver. Ea, no va mal. ¡Bravo muchacho! — Y sigue adelante, y se detiene junto á otro. — ¿Á quién escribes? ¿Á tu padre? — El soldado, sonriendo, indica que no. — ¿Á tu madre, pues? — Tampoco. — ¿Á quién?... — El soldado sigue sonriendo, inclina la cabeza hacia la espalda, y con una de sus manos, fingiendo jugar, procura esconder la primera palabra escrita. — ...Entendido, perillán. — Y los dos soldados están contentos y satisfechos, habiendo bastado una sola palabra para que recobraran su buen humor. Acaso más tarde bailarán como si nada les diera pesadumbre. ¡Cuesta tan poco una palabra!...

Miremos un momento hacia el camino, para ver quién se acerca. Un furriel con una cartera pendiente del cuello. ¿Qué tiene de particular? diréis. Sí, tiene. Aguardad á que nuestro hombre haya penetrado en el campamento, que alguien

se haya percatado de su venida, que haya corrido la voz de su llegada, y veréis qué manera de precipitarse á su encuentro, qué confusión y qué gritería. Allí está: penetra en el campo, y con paso rápido y furtivo, lanzando en derredor miradas sospechosas, se dirige á su tienda, procurando pasar inadvertido á fin de encerrarse un momento en el interior de aquélla para poner en orden aquel revoltijo de cartas, á fin de que no deba marearse para distribuirlas del modo debido. Es inútil toda precaución. Un soldado le distingue de lejos, y volviéndose á sus compañeros, lanza un grito de júbilo: — ¡Cartas! — ¿Cartas? — preguntan diez voces al par, buscando con los ojos por todas partes. — ¿Dónde está? ¿Dónde está? — Por allí iba. — No, por allá. — ¡Ah, ahí viene! — Y todos se precipitan á su encuentro. Entretanto la noticia se ha propagado hasta los últimos confines del campamento, y de todos los círculos formados por los soldados se separan uno, dos, tres, cuatro, que á prisa y corriendo van en busca del cartero para apoderarse cuanto antes de la deseada carta!... Qué si quieres! el desgraciado cartero rodeado, envuelto, estrujado, sofocado por una muchedumbre agitada é impaciente, que agita en el aire los brazos y extiende las manos, le trae de acá para allá entre apreturas y empujones y le asorda á fuerza de gritar con voz suplicante y plañidera: — ¡Á mí, á mí, á mí! — De pronto, de todos aquellos brazos levantados con las manos abiertas, se van bajando por momentos, ora dos, ora tres, ora cuatro, que estrechan entre los dedos una carta rugosa, y en seguida hacia la tienda para leerla en santa paz. Paulatinamente va menguando el grupo, la gritería cesa, y sólo queda cerca del cartero uno que otro que con voz lamentosa sigue preguntando: — ¿Pero es de veras que no hay carta para mí? No es posible: vuélvalo á mirar: hágame este favor. — ¡Pero no te he dicho que no hay carta para tí! ¡Dejadme respirar una vez siquiera! — Los contados individuos que habían permanecido á su lado, se alejan lentamente, con

la cabeza caída y los brazos desmayados, y el desgraciado cartero, respirando libremente, y secándose con la mano el sudor que corre por su frente, exclama cual si se hubiese quitado un peso de encima: — ¡Loado sea Dios, que hemos concluido!

Á lo largo de la orilla del camino, por la parte exterior del campamento, se ve de continuo una larga hilera de curiosos, la mayor parte aldeanos; hombres, mujeres y muchachos, venidos de la aldea para contemplar aquel espectáculo nunca visto. Los muchachos echados sobre la orilla del foso, los padres y las madres de pie junto al filo del camino, las muchachas ya grandecitas un poco más atrás. Unos y otros se muestran con el dedo los variados episodios de aquel cuadro sorprendente y se ríen á carcajadas de la gritería de los cantadores, y compadecen á los prisioneros, y prorrumpen en gritos de entusiasmo y sorpresa viendo aquellos saltos por demás portentosos, y acompañan con muchos: — ¡Pobrecillo! ¡Acaso se habrá lastimado! — á los que se caen; y hacen grandes comentarios respecto de la estructura de las tiendas y la distribución del campamento; y se explican los unos á los otros la respectiva graduación de los jefes, fundados en las divisas que los distinguen, y disputan y se encolerizan... Á todos los sitios del camino en que se ve á dos ó tres aldeanas jóvenes y no mal parecidas, ó un grupo de ellas, corresponde en el campamento, junto á la opuesta orilla del foso, un compacto grupo de soldados, que como suelen hacer todos los hombres cuando saben que les está mirando una mujer, en los gestos, en los ademanes, en las palabras, en los movimientos más insignificantes y fugaces, ponen un estudio, una soltura, un no sé qué de brioso, de marcial, de bizarro, que verdaderamente enamora. Y aquellas aldeanas ríe que te ríe, y todo es cubrirse el rostro con el brazo, ú ocultarse la una detrás de la otra, ó echar á correr riendo, y riendo volver á agruparse, y susurrarse al oído palabras misteriosas,

y en ocasiones besarse, ó abrazarse, ¡grandísimas picaronas! por el maldecido gustazo y la cruel coquetería de ver á sus admiradores alamparse de codicia ante tales arrumacos.

En un sitio determinado del camino ha comparecido una porción de señoritas procedentes de la quinta allí cercana, vistiendo sutiles trajes de verano, blancos, rosados, azules, tenues, ligerísimos, que ondean al más leve soplo de la brisa, hasta el punto de obligar de cuando en cuando á una mano lindísima á colocarse sobre ellos de manera que la falda permanezca tranquila y no se aparte del cumplimiento de su deber. Aquellas señoritas llevan desnuda la cabeza, con lo cual la fresca brisa de la tarde agita sus ensortijados rizos y juguetea con ellos y los suelta y descompone, y para recomponerlos se hace preciso que quede al descubierto un brazo blanco y magníficamente modelado, que termina una mano regordeta y unos dedos puleros y afilados. Y no lejos del grupo, en el interior del campamento, se ve otro grupo de oficiales que flechan sus miradas rasando el suelo! — ¡Ojalá soplara una bocanada de aire! — Allí está: comienza, cruza, pasa, se enreda con un vestido blanco, sin que la mano pueda tenerlo á raya... ¡Oh, qué lindo pie! Y aquellos oficiales saben que les están mirando, y no están poco huecos que digamos. Si así no fuera, aquél, el primero, el más cercano al foso, no llevaría la faja con aquel elegante desaliño, y no habría hecho correr la bellota de manera que una de las borlas le correspondiera al costado y la otra le hubiese bajado al nivel de la rodilla: y aquél otro no lanzaría al aire las nubes de humo, levantando tan bizarramente la cabeza, y no tendría los brazos y las piernas dispuestos en actitud tan napoleónica, y aquél otro no se tocaría con tanta frecuencia la nuca para convencerse de que no se ha borrado ni desaparecido aquel poquitillo de raya que consiente el coronel.

Entretanto adelanta á lo largo de la carretera y se detiene enfrente de la puerta de entrada al campamento una

familia de la aldea: un papá vivaracho, alegrillo, regordete con cara beatífica contenida entre dos foques de navío que asoman por encima de la corbata, dos mechones de pelo gris clavados en las sienes, un par de patas elefantinas encajadas dentro sendos borceguíes de cuero crudo, tamaños como canoas, y una chilaba undosa y descomunal debajo del sobaco: en suma una vera efigie de secretario de aldea, que vive en buena paz y compañía con todo el mundo, archicontento de sí mismo y de las buenas disposiciones aritméticas de que comienzan á dar muestra en la escuela sus tiernos pimpollos; una mamá cobijada por un sombrero con todas las apariencias de casco romano, y tres zangolotinos arreados con sus mejores trajes, peinados, untados, alisados y planchados, y llevando impresa en la memoria la leccioncilla de urbanidad, recitada á prisa y corriendo por señora madre en el instante de pasar la puerta de la casa. Son amigos antiguos del coronel. ¡Qué fortuna para ellos la de que haya ido á establecer el campamento allí, allí precisamente; á la puerta de su casa como si dijéramos! El papá con rostro placentero y voz acaramelada á fuerza de ser dulce.— Señor soldado,—pregunta á un centinela, llevando la mano al ala enorme del enorme sombrero,—¿podría saludar al señor caballero coronel, comandante en jefe de las fuerzas de que se compone este magnífico regimiento?—El centinela le contesta inclinando la cabeza, é indicándole con la mano la tienda del coronel. Un gastador con una barba que le llega hasta mitad del pecho va á anunciarle la visita. La familia adelanta pausadamente respetuosa y circunspecta; el coronel sale, mira, se detiene, arruga el entrecejo para ver mejor, procura reunir las vagas reminiscencias que conserva de aquel rostro, lo recuerda, fija en él de nuevo la mirada, le reconoce, y procurando dar á su semblante la expresión más amable y prorrumpiendo en un prolongado ¡oh! de sorpresa y satisfacción, se adelanta con los brazos abiertos y las manos extendidas... Y cum-

plidos por una y otra parte, y cortesías, y preguntas y respuestas, y caricias á los muchachos que están desconocidos, y han crecido que es un portento, y están hechos unos arrogantes muchachos, después de lo cual el coronel, con el propósito de decir algo y dar pie á la conversación: —Ya ve usted, señora, el efectivo de cada compañía ciento cincuenta hombres; cuatro batallones; un regimiento. Y luego el campamento: ¿verdad que da gusto verlo? ¿Desean ustedes visitarlo? Podemos dar una vueltecilla.

Los recién llegados, que no desean otra cosa, consienten, como es natural, mostrándose por demás agradecidos: el coronel, después de un momento de reflexión, se coloca á la izquierda de la señora, el marido á la derecha, los muchachos delante, y en semejante disposición se ponen en movimiento. Todos les abren paso, los oficiales les saludan, y adelantan en su camino precedidos y seguidos de un suave murmullo. Y el coronel, que entiende más de militares ejercicios, como bravo que es y aguerrido, que de caballero acompañante, obligado por la necesidad, le dice á la señora: —Aquellas marmitas son las que sirven para cocer el rancho de la tercera compañía, en las que siguen se cuece el de la cuarta, en las otras el de la quinta. Dirá usted que se hallan en mal estado; es verdad, y voy á decir por qué... —Y lo explica. Y la señora, en medio de aquellas dos hileras de soldados, no sabe disimular que se halla entre embarazada y vergonzosa, en tanto que el respetabilísimo papá, que revienta de gozo viéndose al lado de todo un señor coronel, dirige á cuantos soldados encuentra al paso miradas benignas y protectoras, y de cuando en cuando prorrumpa en exclamaciones de complacencia y admiración tales como: —¡Qué bella juventud! ¡Bravos soldados! —Entretanto hase acercado á la mamá uno de los muchachos que señalando con el dedo al coronel pregunta: —¿Quién es aquel soldado? —¡Calláte condenado! —contesta ella en voz baja; —es el que manda á todos

los soldados que están aquí. —¿Y si se le antojara, podría hacerles cortar la cabeza á todos?

—¡La música! ¡La música! —gritan de pronto en todo el campamento. En efecto, los músicos han ido saliendo uno á uno de sus tiendas, y después de haberse formado hanse dirigido al centro del campamento, en cuyo sitio, formando círculo, con los instrumentos en la mano, y en disposición de llevarlos á la boca, esperan sólo la señal que ha de darles el músico mayor que se halla en el centro. En menos tiempo del que se necesita para decirlo, hase agrupado en derredor inmensa muchedumbre, la mitad del regimiento por lo menos, promoviéndose un estrépito infernal de gritos jubilosos, agudos silbidos y nutridos palmoteos. Los más entusiastas bailarines se abren paso á fuerza de puños y empujones, se buscan, se llaman á gritos, se ponen en contacto unos con otros, y poniéndose las manos en el pecho, dando codazos y pisotones, logran abrir un círculo. Prepáranse las parejas, los bailarines agarran con la diestra un puñado de camisa de la espalda de las bailarinas (pluguiera á Dios que lo fuesen), cruzan los dedos de su mano izquierda con los de la derecha de sus parejas respectivas, adelantan el pie izquierdo, doblan las rodillas, se vuelven hacia el músico mayor —¿Qué es eso? ¿Comenzamos ó qué hacemos? —Las parejas se impacientan, patean, aprietan los puños, gesticulan, bufan, chillan; el músico mayor hace una señal con el dedo; los músicos aplican los instrumentos á la boca, no sin haberse antes pasado la lengua por los labios; nueva señal, y rompen á tocar. Pónense las parejas en movimiento; giran y vuelven á girar; se separan, se acercan, se empujan, saltan á diestro y siniestro, adelante y atrás, espalda contra espalda, costado contra costado, pisoteándose, á prisa, á ciegas, desatentadamente, empujándose, cayendo, ha de haber lugar y espacio para todos, si no lo hay se hace á empujones, á patadas, y pisotón por aquí, y arremetida por allá, y bamboleos, y chi-